

fé pueden inspirarnos esos cálculos en que no hay unidad entre los escritores; pero no puede dudarse de que era muy numeroso el ejército auxiliar, puesto que se componía de la flor de los guerreros tlaxcaltecas, choluleses, huexotzinzas, tepeaqueños y de todas las provincias inmediatas que se habían declarado unidas á España.

Jicotencatl el jóven, siguiendo la costumbre de Hernan Cortés, arengó á su tropa al estar formada, á fin de despertar en ella el entusiasmo. Les dijo que al siguiente dia emprenderian la marcha al lado de los bravos españoles, para combatir contra los mejicanos, sus capitales enemigos. «El solo nombre de los tlaxcaltecas, añadió, bastaria para hacer temblar á esa nacion opresora; pero las armas servirán para destruirla, y alcanzar en los combates nuevos laureles con los triunfos que nos esperan.»

Hernan Cortés se manifestó satisfecho del brillante estado de las tropas aliadas, y dió el parabien al general y á los principales jefes por la lucida gente de sus escuadrones. Luego, convocando á los señores que gobernaban las provincias aliadas, les exhortó, por medio de sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y de Marina, á ser constantes en la fidelidad que le habían prometido. Les dijo que iban á combatir contra sus opresores y enemigos irreconciliables, asegurándoles que la caída del imperio azteca era infalible. Dirigiéndose luego á los gobernantes tlaxcaltecas, les suplicó que facilitasen todo lo que fuese necesario para la conclusion y conduccion de los bergantines, y terminó diciendo á todos los jefes del ejército aliado, que exigia que nadie de los que voluntariamente querian seguir sus banderas en la campaña que iba á empezar, abandonase la

empresa hasta no haber exterminado á los orgullosos enemigos que habían oprimido hasta entonces á las diversas naciones del Anáhuac. Las palabras del caudillo español fueron acogidas con notable entusiasmo, y los escuadrones aliados prorrumpieron en gritos de júbilo, al ver que se acercaba el momento de ir á vengar los agravios sufridos por largos años de sus poderosos opresores.

Para mantener la disciplina y el buen orden en el ejército, el caudillo español publicó antes de que se emprendiese la marcha, unas Ordenanzas que había hecho el 22 del mismo mes de Diciembre. En este notable código se revela al hombre previsor y de gobierno, que precave los males con las acertadas disposiciones de su claro talento y su recto juicio. Los artículos penales iban precedidos de un preámbulo en que decia que, en todas las instituciones, así divinas como humanas, era necesario cuidar primero del orden, si se queria que produjesen provechosos resultados. Añadia que la historia patentizaba que las victorias alcanzadas por los grandes capitanes de la antigüedad, no solo fueron debidas al valor, sino tambien á la sabiduría de sus ordenanzas, así como de sus virtudes. Hacia ver que la situacion de los españoles, por las circunstancias en que se encontraban, exigia de una manera imperiosa la publicacion del código que entonces daba, porque él normaria la conducta que se debía observar, pues eran pocos y se hallaban en vastos y poblados países, cercados de enemigos valientes y diestros en el manejo de las armas. Tocando en seguida el punto de la religion, les recordaba que la mira principal de los reyes era la conversion de los nativos á la doctrina católica, y que, por lo

mismo, no perdiesen de vista el objeto sagrado de la campaña, que era el servicio de Dios y del rey, pues de lo contrario la guerra seria á todas luces injusta, y lo adquirido en ella, un robo que la Iglesia obligaba á restituir (1). Celoso de la propagacion del Evangelio, manifestaba que el móvil principal que le conducia á llevar sus fuerzas á la capital azteca, era el noble deseo de encender la salvadora luz del Evangelio en los pueblos envueltos en las tinieblas de la idolatría (2).

El primer artículo de las Ordenanzas prohibia blasfemar de Dios, de la Virgen y de los santos; vicio repugnante, nacido mas bien de la falta de reflexion que de respeto. Respecto del juego, lo permitia; pero poniéndole los límites prudentes, á fin de que sirviese mas bien de distraccion que de disgusto, prohibiendo absolutamente el de dados. Habia otros artículos prohibiendo las palabras ofensivas, las riñas, los desafíos, los insultos, las rivalidades de una compañía con otra; disposicion prudente que tendia á mantener la buena amistad entre los que, siendo pocos, tenian necesidad de estar unidos como leales y sinceros amigos. En uno de los artículos, se imponia la

(1) «Que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigat de las dichas idolatrias á todos los naturales destas partes y reducillos ó á lo menos desear su salvacion y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fé católica: porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra seria injusta, y todo lo que en ella se oviese onoloxio é obligado á restitucion.»—Cortés. *Ordenanzas Militares*.

(2) «E desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intencion é motivo en facer esta guerra é las otras que ficiese por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra santa fé é creencia, etc.» Cortés. *Ordenanzas Militares*.

pena de muerte á los capitanes que atacasen al enemigo sin orden expresa del general. De esta manera evitaba que se cometiesen abusos con los pueblos, y lograba establecer en los impetuosos caballeros que seguian sus banderas, la subordinacion militar, indispensable al buen orden de los ejércitos. Por la última disposicion de las Ordenanzas se disponia que todos los objetos de oro, plata, plumas, piedras preciosas y cuanto se tomase como botin de guerra, así en el campo como en la ciudad, por oficiales lo mismo que por soldados, fuesen presentados al general ó al individuo por él nombrado para ese objeto. La pena de muerte se aplicaba al que faltase á lo prescrito en el artículo.

Bien sabian los soldados de Cortés que las penas señaladas en el código serian cumplidas, si se faltaba á cualquiera de ellas, y se propusieron no incurrir en las faltas prohibidas.

Pronto vieron que, con efecto, el general no transigia con los infractores de lo dispuesto. Dos criados moros que tenia, fueron ahorcados pocos dias despues de promulgada la ley, por haber robado á unos indios un pavo y dos capas de algodón. Con estos y otros castigos que aplicó á unos pocos que incurrieron en las penas señaladas por las Ordenanzas, hizo que se respetase lo prevenido en el código, y que se mantuviese la disciplina, sin la cual los ejércitos no serian mas que foco de revueltas, de insubordinacion y de trastornos. Desde que pisaron las playas de aquellas auríferas regiones, la suerte y los intereses de jefes y soldados se identificaron. Era un corto número de hombres que, colocados en un vasto y poblado país, lejos de la madre patria, y sin mas apoyo que el que se prestasen

mútuamente, se consideraban, mas que como militares de diversas categorías, como miembros de una sola familia. Las continuas fatigas, las frecuentes batallas, los constantes peligros, las necesidades y los trabajos, habian establecido entre oficiales y soldados una familiaridad que perjudicaba al buen servicio, haciendo descuidar muchas veces en los subalternos los deberes hácia los superiores. Hernan Cortés procuró en sus Ordenanzas armonizar la afabilidad con la subordinacion; el aprecio con el respeto; las consideraciones con la dignidad. Quiso dejar al soldado la franca libertad, pero evitar el libertinaje; permitirle los placeres y estorbar la licencia. Hombre de talento y dotado del difícil don de gobierno, si bien estaba dispuesto á reprimir con mano fuerte aquellos delitos cuya tolerancia podia producir funestas consecuencias, dejaba pasar como desapercibidas las ligeras faltas sin trascendencia, teniendo el tacto de no descargar terribles castigos por motivos ligeros. Ese acierto en la aplicacion de las penas; su trato franco y liberal; su afabilidad y consideraciones hácia sus oficiales y soldados; el delicado tino en la union de la justicia con la equidad; del rigor con la indulgencia; la noble sencillez de sus modales; la energía de su carácter y el admirable conjunto, en fin, de dignidad y de dulzura, de valor y de modestia, de inquebrantable voluntad y de templanza, le dieron un ascendiente sobre sus valientes y audaces compañeros, que nunca hubiera alcanzado ningun otro general menos modesto y mas intolerante.

La luz primera de la mañana del 28 de Diciembre encontró al ejército español y al de los aliados en disposicion de salir. Era dia de los santos Inocentes. Hernan Cortés y

todos sus oficiales y soldados asistieron con profunda devocion al santo sacrificio de la misa, que fué oficiado por el padre Olmedo. Cumplido con el deber religioso, la tropa se colocó en orden de marcha. La caballería se hallaba distribuida en cuatro compañías de diez hombres cada una, y la infantería en nueve capitanías de sesenta soldados (1).

El general español, al ponerse al frente de sus soldados, les dirigió una breve alocucion, excitándoles á que cumpliesen, como hasta allí, con la alta mision que, como soldados de la cruz y del rey, tenian. Les dijo que todos estaban en el deber de obligar á que volviesen á la obediencia á los pueblos que se habian rebelado contra el monarca, cuya soberanía habian reconocido. Era un servicio que convenia á la causa de Dios y á la honra del monarca. Iban á luchar por la propagacion de la salvadora fé, y contra los hombres que se encontraban envueltos en las sombras de la idolatría. Añadió que á la noble causa que reconocia la guerra que iban á emprender, se agregaba la del deber de dejar bien alta la bandera de Castilla. Era preciso vengar la muerte de los deudos, compatriotas y amigos que perecieron en las calles y calzadas de Méjico, y recobrar, con la ciudad de que habian sido arrojados, el brillo de las armas españolas.

Los soldados, henchidos de entusiasmo al tocarles la delicada fibra del honor y de la religion, exclamaron «que estaban dispuestos á dar la vida por la causa de Dios y del

(1) «Y hice de los de caballo cuatro cuadrillas, de diez en diez cada una, y de los peones hice nueve capitanías de á sesenta españoles cada una.»—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

rey, luchando por recobrar lo perdido y vengar la muerte de sus compañeros» (1).

Pocos momentos despues, las tropas españolas, desplegando al viento el estandarte en que se ostentaba el signo de la redencion, y haciendo sonar sus clarines y tambores, salian de sus cuarteles con direccion á Méjico. Hernan Cortés, acompañado de algunos capitanes, iba á la cabeza.

La poblacion entera les seguia victoreándoles, y acudia á verles pasar por las calles, que se encontraban llenas de gente, ávida de manifestarles su aprecio.

Los españoles se sintieron conmovidos de profunda gratitud ante las demostraciones de los nobles hijos de la república tlaxcalteca. Les habian acogido con benevolencia y cariño, cuando, hacia cinco meses, habian llegado desvalidos, destrozados y enfermos. Entonces salian á dejarles, satisfechos de su pasada hospitalidad, y les daban víveres, tropas y plácemes, mirándoles con el cariño de hermanos.

En las puertas de la ciudad esperaban los escuadrones aliados al caudillo español. No se hallaban formadas todas las fuerzas que asistieron á la gran revista. Hernan Cortés habia dispuesto que solo le acompañasen las que juzgó necesarias por entonces, dejando en Tlaxcala el resto para que custodiasen los bergantines cuando fuesen conducidos á Texcoco.

(1) «No solamente se habian rebelado contra V. M., mas aun nos habian muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y nos habian echado fuera de toda su tierra... Y viesen cuánto convenia al servicio de Dios y de V. C. M. tornar á cobrar lo perdido... Y todos prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querian morir por nuestra fé y servicio de V. M., ó tornar á recobrar lo perdido, y vengar tan grande traicion como nos habian hecho los de Tenuxtitan.»—Tercera carta de Cortés á Cárlos V.

Cuando el jefe castellano llegó á la salida de la ciudad, las tropas aliadas le saludaron con gritos de alegría, á que correspondió descubriéndose la cabeza.

Los gobernantes de la república que le habian estado esperando, se despidieron de él, deseándole un feliz éxito en la empresa y ofreciéndole servir con cuanto la república tenia. Hernán Cortés les dió las gracias por los distinguidos favores que de ellos habian recibido los españoles, y ofreció corresponder dignamente á la lealtad de la nacion tlaxcalteca. Poco despues el general castellano abrazó á los jefes de la república, y saludando al pueblo que le victoreaba, emprendió la marcha al frente de sus compatriotas y seguido de los valientes escuadrones de los aliados.